



Lyndsay Faye

**LA ROSA NEGRA
DE GOTHAM**

Círculo de Lectores

Índice

Portada
Dedicatoria
Cita
Prólogo
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Quince
Dieciséis
Diecisiete
Dieciocho
Diecinueve
Veinte
Veintiuno
Veintidós
Veintitrés
Veinticuatro
Veinticinco
Veintiséis
Veintisiete
La rosa negra de Gotham: epílogo histórico
Agradecimientos

Selección de terminología flash

Notas

Créditos

La rosa negra de Gotham

LYNDSAY FAYE

Traducido por
Vicente Campos González

Éste es para Gabriel, que siempre cree que puedo.

LA MADRE DE COLOR DE NUEVA INGLATERRA
A SU HIJO PEQUEÑO

Tus ojos brillan luminosos,
tu corazón late alegre y con brío;
que ni aflicciones ni infortunios,
del alba a la noche, te perturben, hijo mío.

Sonríe ahora que puedes, porque sobre tus años
venideros
se cierne una nube de pesares;
la deshonra y la vergüenza, lágrimas y malos agüe-
ros,
hasta que el ser terrenal descanse.

Aquellos cuya piel refleja un matiz más oscuro
que la del hombre blanco
perderán el rocío del gozo puro,
que se transformará en lágrimas de espanto.

Para ti, al dejar atrás las alegres horas de la infan-
cia,
a lo largo de tu camino, esperan
amargas y arduas experiencias,
porque tienes la piel negra.

Canción popular abolicionista

Prólogo

El día en que le sucedió lo peor – y por peor me refiero a la tragedia que uno moriría por evitar, que mataría por impedir, a la crueldad imposible de soportar – , Lucy Adams estaba trabajando en una floristería, preparando unas rosas de invernadero escarlatas y naranjas cuyos colores habrían sido la envidia de un crepúsculo estival.

Qué poco llegué a saber de ella aquel día, cuando nos conocimos. Qué trágicamente poco. De los detalles me enteraría más adelante, mucho después de asegurarle que yo, Timothy Wilde, estrella de cobre con la placa número 107 y paladín de todo aquel que a mí me diera la real gana, lo arreglaría todo. Que no me detendría ante nada para ayudarla y que, a tal fin, quería que me contara un cuento.

«Explíquemelo como si fuera un cuento, y yo lo arreglaré.»

Dios, qué engréidos pueden volverse los hombres aunque sólo lleven seis meses en un empleo.

Y un empleo imposible, para colmo. O puede que tan sólo fuera que exigía demasiado a personas como yo. Me gustaría decir que mi hermano Valentine se defiende mejor, pues es una estrella policial emergente en Nueva York; pero es capitán del Distrito Octavo y embrolló todo el maldito asunto como sólo un gatito puede enredar un ovillo.

Así que no. Los Wilde, en este caso – tanto el pequeño como el mayor – , tomaron pocas decisiones sensatas.

Podría fingir que dejar constancia escrita del relato de Lucy Adams es importante para la posteridad. Incluso para la justicia. Pero sería un camelo. El humo que oscurece un

paisaje de osarios. Lo que de verdad me importa ahora es que una historia negra se ha instalado debajo de mis párpados.

Y la última vez que eso pasó, lo escribí todo.

A las seis en punto de la tarde del 14 de febrero de 1846, la señora Adams estaba de pie ante una mesa de trabajo detrás del mostrador delantero de la floristería, quitando las espinas a unos tallos de rosa. El día de San Valentín había amanecido glacial y claro, pero ahora los vientos se arremolinaban sobre Manhattan y los copos de nieve caían desmayados en Chambers Street, al otro lado del escaparate cubierto de escarcha. La tienda tendría que haber cerrado una hora antes, pero todavía estaba llena de hombres con levitas que pedían gavillas artificiales de verano. Las bufandas aleteaban, las cadenas de los relojes rotaban, parcelas enteras de flores de invernadero poco naturales desaparecían por la puerta hacia la nieve.

La señora Adams tarareaba una canción mientras trabajaba. Una melodía demasiado antigua para tener nombre que se perdía con las exhalaciones de su aliento. Pensaba con apetito en la cena, porque su cocinera había prometido guisar un par de patos para la familia, y los aromas imaginarios de la piel de naranja y la menta seca tentaban burlones su nariz.

Los minutos pasaban, pasaban sin parar, y ella empezó a envolver los tallos de su ramo con seda de color rojo sangre. La enrolló como quien prepara un hechizo. Dedos firmes y trozos de cinta dúctiles como la piel. Sería la última vez que lo haría. El lazo le quedó perfecto. Un final suave, elegante.

El dueño de la tienda, el señor Timpson, antiguo vecino de Manchester de ojos amables y tez grisácea y flácida salvo en su nariz purpúrea, chasqueó la lengua cuando miró el reloj que había junto a los ramos amarillos de lirios. Aca-

baba de dar calurosamente las gracias a un trío de hombres acaudalados que se marchaban con sus abrigos granates y sus pantalones de color marfil, y por fin Timpson's Superior Blooms se había quedado vacía. Durante todo el día, la tienda había parecido la Bolsa.

–Ya barreré yo, querida – le dijo a su única dependienta, la señora Adams – . Dentro de un cuarto de hora la calle será un lugar muy inhóspito, y yo sólo tengo que subir las escaleras para cenar. Más vale que se vaya a casa.

La señora Adams adujo que todavía no había acabado de preparar su último pedido para el día siguiente. Que sólo eran unos copos de nieve y que, en cualquier caso, su casa estaba a la vuelta de la esquina de Chambers, en West Broadway. Pero el señor Timpson insistió y dio una palmada jovial seguida de un gesto, como si espantara moscas. Y era tarde, más tarde de lo habitual, el día más ajetreado del año, y la señora Adams quería volver a casa.

Así que se fue.

Mientras se apresuraba por la calle, los escaparates pasaban rítmicos y rápidos ante los ojos de Lucy Adams como el latido inadvertido de un reloj en el dormitorio. Un ritmo tranquilizador, familiar como el propio pulso. M. Freeman's Old and New Feathers Emporium. Needle and Fishhook Manufactory. The Museum Hotel. La nieve se arremolinaba sobre los adoquines, como si hubiera quedado atrapada en la resaca de una corriente, y la mujer se ciñó con fuerza la capa de piel. Dejó atrás a un hombre que empujaba un carrito en el que se amontonaban sacos de arpillera y gritaba: «¡Arena! ¡Arena blanca!». Un tendero emergió inesperadamente de su almacén de tejidos al oír el grito y casi tropezó con ella, que se apartó limpiamente de un salto, y el patilludo caballero se disculpó mientras dejaba caer unas monedas en la palma de la mano del vendedor de arena a cambio del limo de Rockaway que mantendría a salvo las aceras de delante de su tienda un rato más.

Y la señora Adams siguió su camino.

Al abrir la puerta de su estrecha casa de piedra arenisca en West Broadway, temblando un poco al quitarse la capa de piel, el silencio le dio la bienvenida. Dejó la prenda sobre la silla de raso del recibidor y entró en el salón. Estaba vacío. La señora Adams abanicó el débil fuego con los dedos para avivarlo mientras se quitaba los guantes. Desprendió los alfileres para quitarse el sombrero. Paseó la mirada sobre las flores prensadas y enmarcadas encima de la repisa de la chimenea, los diminutos caballos de porcelana y el solitario ramito de acebo en un jarrón de cristal de amatista. Gritó a la casa que había llegado.

Nadie contestó.

Sin prisas, entró en el comedor. Ni el eco de un susurro resonó en sus oídos. Se dio la vuelta para subir las escaleras mientras seguía anunciando de buen ánimo su llegada.

Todo permanecía en silencio. Una quietud más profunda que la muerte.

Cinco minutos más tarde, la señora Adams salió precipitadamente de su casa a West Broadway, con las faldas agarradas en los puños y la boca abierta en un grito, y corrió bajo la tormenta que arreciaba en dirección a la comisaría de policía de las Tombs.¹

Ahí es donde entro yo. Trabajo allí.

En cuanto a mí, estaba sentado en el pequeño cubil sin ventanas que el mes anterior había conseguido para mi uso como oficina, con un vaso de ginebra holandesa en la mano y una sonrisa torcida en mi cara destrozada, brindando por la salud de mi amigo, el agente Jakob Piest. Acabábamos de resolver un asunto bastante peliagudo y no nos sentíamos precisamente humildes. Él alzó su feo puño arrugado y una taza de hojalata, y se rió como el maniaco que es, y en ese momento la señora Adams tropezó contra la puerta entreabierta con un sonoro *bang*.

¿Soy capaz de describirla como es debido, tal como era antes de que yo llegara a conocer sus secretos? Me temo que no. Si los secretos son piedras preciosas para sus

poseedores, gemas que hay que guardar con esmero en cajitas oscuras, yo saqué el joyero de la señora Adams como un salteador de caminos que desvalija un carruaje. Duele ser un ladrón, cuando lo que robas es la historia de una persona. Yo no soy así. Detesto ser así. La gente, de todas las clases e inclinaciones, me cuenta cosas por su propia voluntad. Siempre lo han hecho, desde los tiempos en que trabajaba en un bar. Incluso antes. Pero me cuesta digerir el hecho de conocer sus secretos sin que me inviten, sin que me hagan un gesto con la mano para que pase dentro.

Así pues, ¿qué aspecto tenía este misterio antes de que yo dejara al descubierto las historias grabadas en su interior, las de antes de que nos conociéramos?

Lucy Adams iba vestida para el invierno con tal sencillez que cada una de sus prendas proclamaba su calidad. La puntera de una bota que sobresalía de los pliegues en espiral de un vestido de diario de terciopelo azul cobalto estaba empapada de nieve. Así que había salido de su casa precipitadamente, sin ponerse los cubrebotas de goma. Llevaba una esclavina de armiño de color marfil alrededor de los hombros, atada con un lazo rojo visiblemente asimétrico, y otro montón de detalles en ella clamaban ayuda aquella noche. Los guantes blancos de cuero, abiertos, con los cierres de perlas sueltos. Tampoco llevaba sombrero, ni siquiera un gorro de encaje por mor de la decencia sino para calentarse. Sólo rizos y más rizos ondulados de pelo castaño chocolate recogidos con alfileres en los más apretados tirabuzones que he visto en mi vida, con copos de nieve que se fundían suavemente sobre ellos.

Le había sucedido algo espantoso. No me hacían falta las dotes sobrenaturales de un camarero para darme cuenta de eso. Los ojos de Lucy Adams eran del color del líquen en un muro de piedra; manchas musgosas de verde destacaban entre el gris, y miraban fijos y muy abiertos, como si acabaran de arrojarla al Hudson desde la cubierta de un va-

por. El señor Piest y yo la miramos fijamente, desconcertados. Tenía labios muy gruesos, muy redondeados, y los separó despacio para hablar como si el gesto le doliera.

Era hermosa. Es imposible no mencionar ese detalle de la historia. Porque, desgraciadamente, es importante. Era una de las mujeres más bellas que he visto en mi vida.

–¿Está herida, señora? – Por fin había encontrado la lengua, mientras me ponía en pie de un salto.

–Busco a un policía – dijo ella.

–Está bien. Venga, siéntese – le indiqué mientras Piest se apresuraba a servirle un vaso de agua. No pareció ver la silla hasta que le tendí la mano, y entonces se sentó como una marioneta movida por un titiritero inexperto – . Nosotros podemos ayudarla.

–Ruego por que así sea.

Su voz quebradiza era más profunda de lo que su esbelta constitución permitía adivinar. Un escalofrío me recorrió el cuello, como si aquella mujer pudiera abrir la garganta y arrastrar barcos contra las rocas. Sabe Dios que bastantes barcos se perdieron esa noche, en la tormenta, atestados de neoyorquinos que nunca volverían a casa. Claro que eso nada tenía que ver con ella. La mayoría diría que aquella fatalidad se debió a la suerte, o al destino. O incluso a Dios. Pero ahora no puedo dejar de recordar aquel tono de voz. De la misma forma en que atraía a un hombre podía desviar un vapor de su rumbo y lanzarlo contra los despiadados escollos.

–Puede estar segura de que lo intentaremos – dije con suavidad – . Trate de explicármelo como si fuera un cuento, y yo lo arreglaré.

Buscó mi mirada. Sus ojos habían empalidecido como la pizarra.

–Ha habido un robo.

–¿Qué se han llevado? – pregunté.

–A mi familia – me contestó.

Uno

El mal del que nos quejamos va en aumento. Europa está inundando este país con emigrantes; Gran Bretaña ha asignado veinticinco millones para deportar a este país a un millón de indigentes irlandeses, para que compitan con los trabajadores americanos y los destruyan.

Señor Levin, del Native American Party,¹ citado en el *New York Herald*, 1846

He llegado a conocer demasiado bien mi ciudad.

Lo cual no es el más agradable de los infortunios. Seguramente no supondría un problema si viviera en unas esplendorosas ruinas de piedra que se desmoronaran en la costa de España, y pasara mis días lanzando redes para pescar sardinas por la mañana y oyendo compases de guitarra hasta bien entrada la noche. Ni tampoco si tuviera una taberna en un pequeño y melancólico pueblo inglés y sirviera pintas a viudos y leyera poesía al anochecer. Pero nunca he salido de aquí, así que ¿quién sabe? Mi conocimiento de otros lugares se circunscribe a los libros. A lo mejor es posible conocer una ciudad a fondo y que, aun así, te guste. Eso espero.

No, el mayor inconveniente parece radicar en que soy un policía del Distrito Sexto de Manhattan, el único estrella de cobre que yo sepa al que no se le ha asignado hacer la ronda sino a resolver delitos después de que sucedan, y en que hasta ahora no me he enterado muy bien del contenido de los delitos. Ni siquiera a medias.

Por ejemplo, la mañana del día de San Valentín, me desperté con la sensación levemente enfermiza de que la ley había sido infringida por alguien en esta ciudad de casi medio millón de habitantes, y todavía no había averiguado por quién. El día anterior, el jefe de policía, George Washington Matsell – nuestro líder incuestionable, el pedazo de rinoceronte que me puso a desenredar entuertos –, se había presentado en mi sofocante covacha de las Tombs.

G.W. Matsell ya causaría de por sí impresión tan sólo por su corpulencia: más de uno ochenta de altura y ciento cuarenta kilos, como poco. Pero también impresiona porque su mente y su fuerza de voluntad parecen un tren lanzado estruendosamente a toda máquina. Ya era un juez prominente y famoso antes de que lo nombraran nuestro jefe. Dado que los estrellas de cobre somos una cuestionada pandilla de tipos heterogéneos, tirando a descamisados, por decir algo, su reputación ha ido a peor. Pero la mala fama no parece incomodarle demasiado.

Oí un arañazo y levanté la vista de la mesa. Hacía sólo un instante, el umbral de mi puerta parecía de un tamaño razonable. De tamaño humano, en cualquier caso. Ahora que el jefe Matsell había aparecido en él, el espacio se había encogido hasta parecer el agujero de una ratonera. Me miró tranquilamente. Los carrillos estaban surcados por profundas y carnosas zanjas, y sus ojos claros centelleaban. Al principio, yo solía recorrer mi distrito en círculos, como hacían mis colegas, en busca de problemas, y lo cierto es que los encontraba con demasiada frecuencia. Desde el final del horroroso asunto del asesino de niños del agosto anterior,¹ cuando el jefe decidió que mis entendederas debían estar a su entera y eterna disposición, me siento en las Tombs y son los problemas los que vienen a buscarme, bien sea a través de notas de Matsell o bien sea él mismo quien me los trae en persona. Que me parta un rayo si sé cuál de las dos opciones es más desconcertante.

–Han robado una miniatura de valor incalculable en una residencia privada en el ciento dos de la Quinta Avenida, en extrañas circunstancias – me anunció.

Un nudo del tamaño de una gota pero muy apretado se me hizo en el estómago.

–Va usted a encontrar el cuadro. El señor y la señora Millington esperan su visita a las nueve.

–Muy bien – dije, exhalando con fuerza.

–Encuentre también al ladrón, de paso, señor Wilde – añadió por encima del hombro, alejándose pausadamente, como si hubiera batallones esperando sus órdenes.

«Del dicho al hecho hay un buen trecho», supuse.

Cuando el ayuntamiento consiguió crear un cuerpo de policía el verano anterior, yo fui uno de los primeros estrellas de cobre. Y tenía la ambición, o el anhelo, de ser el mejor de ellos. Pero el trabajo seguía siendo un traje que no me sentaba bien, con mangas flácidas y botones tirantes, y cada nuevo problema planteaba a mi cerebro la misma pregunta: ¿cómo se supone que voy a resolver eso?

Es una sensación desagradable.

Por extraño que parezca, por las noches seguía soñando que servía en la bodega, como antes, que me quedaba sin ron con los especuladores de Wall Street amontonados a decenas en un nido de víboras siseantes que se retorcían delante de mi barra de cedro. No soñaba con mercancías robadas que no podía encontrar ni con reyertas callejeras que no podía controlar. Ni con asesinatos que no sabía resolver. En mis visiones habituales, mi rostro todavía no estaba cubierto de cicatrices por el incendio que había arrasado la mitad de la parte baja de la ciudad, lo que impedía que ningún antro medianamente decente me contratara; mi casa y mi fortuna tampoco se habían evaporado, y mi mayor preocupación era servir champán a corredores de Bolsa que ya estaban medio aturdidos por el alcohol. Casi siempre soñaba con problemas poco serios.

Digo casi siempre.